

defectu." A la verdad indignacion causaria el hábil estatuario que, habiendo fabricado con sublime idea la cabeza, los brazos y las piernas para formar un Hércules, en vez de unir las á un tronco esbelto y arrogante, las colocase, débilmente sostenidas por flexible caña; y mas se aumentaria la indignacion, si con la insensatez de la vanidad, se preciara de haber ejecutado perfecta su obra. La estatua, Señores, será mala, por mas que algunas de sus partes sean muy buenas. La perfeccion del compuesto, repito, exige la de cada una de sus partes. Esta verdad se verifica en todos órdenes, como vereis á poco de reflexionar; he aquí porque me sirve de premisa al par que de entrada á otra mas concreta, y que aproxima la conclusion á donde tiendo.

El hombre en la unidad de su incomprensible grandeza abarca todo el universo: tiene el ser con la piedra, la vida con la planta, el sentido con el bruto, y el entendimiento con el ángel "Microsmos" le ha llamado la filosofia, y con razon. Por esto Sócrates sintetizaba aquella ciencia en esta máxima profunda: "*conócete á ti mismo,*" "*nosce te ipsum,*" Bien lo ha comprendido la humanidad, y de aquí que su historia sea la historia de los esfuerzos constantes por iluminar, siquiera sea con pálidas antorchas, el abismo sin fondo de su mismo ser, para reconocer por él su origen, su destino, sus relaciones todas. Pero el error lo ha comprendido tambien, y esto esplica los frecuentes huracanes, á

cuyo tempestuoso soplo, hubiérase extinguido la luz que emite la razon, sinó estuviese alimentada por otro pábulo, tanto mas incandescente, cuanto se espone mas á los furiosos embates de los vientos. Este pábulo es la fé. Recoged sinó, con un solo acto de vuestra inteligencia los errores todos, y agrupados así, podreis descubrir sin esfuerzo su conspiracion tremenda para desnaturalizar en el hombre, la idea del hombre, ora en lo especulativo, ora en lo práctico, de una manera directa, ó bien indirectamente. No es, sin embargo, mi propósito, desentrañar esta idea que apunto nada mas, ni mucho ménos entrar en el análisis del Ser-compendio, de ese pequeño mundo, que pudiera encerrar objetivamente toda ciencia. Considero solo su ser formal por el que se distingue de los irracionales.

Hay en efecto, Señores, en el hombre una sublime facultad que, teniendo por objeto lo verdadero, es por lo mismo un luminoso destello de la inteligencia suprema, impresion de la primera verdad, semejanza de la luz increada, segun gráfica y profunda espresion del Doctor de las escuelas. Es ella poderosa para lanzarse hasta las regiones del infinito, para penetrar hasta el sόlio mismo del Supremo Ser investigar allí altísimos arcanos con atrevimiento inconcebible. Si se contempla de esta manera al hombre ¡cuanto indigna Darwin señalando su origen entre la prole del Orangutan que trepa por los robustos brazos de la añosa encina de las selvas! No: el hombre, inteligente por naturaleza, pudié-

rásese mas bien llamar un ángel empequeñecido, que un mono desarrollado, como se espresa Caussete.

¿Mas que, la sola inteligencia constituye el ser formal del hombre. ¿Y qué es ella sin la libertad? ¿Podrá siquiera concebirse? ¿Cómo distinguirlo entonces de los brutos? Porque la verdad es que nosotros conocemos las facultades por sus actos; pero si somos necesariamente arrastrados hácia alguno determinado, ¿cómo saber que se conocen otros bienes? ¿Y para qué la inteligencia en ese caso? ¿Dónde estaria la sociedad? ¿Dónde el progreso? Sin libertad el hombre es un absurdo: un ser estúpido al par que inteligente. Pero nó, el entendimiento, muy por encima de los sentidos, tiene la fuerza de abstraccion; su carácter distintivo es concebir bajo la forma de universalidad, no se limita á los concretos, y por eso, colocado en una esfera sublime, posee la idea del bien universal. ¡Qué armonía tan sorprendente! ¡Qué correspondencia tan maravillosa existe entre todas las facultades! En efecto, su corazón destinado á ser feliz con una felicidad sin límites ¿cómo podia aspirar á ella? ¿Cómo podria apetecerla sin que el entendimiento la conociese? Así pues, ni la razon, ni la voluntad, se determinan á algun bien limitado; si esta le ama, no es por él mismo, va mas allá; le ama, en cuanto participa del bien que busca; le ama, porque deriva del infinito y le refleja: solo aquel le cautiva, los demas bienes son esclavos de su amor, y con el aire del señorío mas noble y con el mas perfecto do-

minio, puede elegir de entre ellos á su arbitrio. He aqui la libertad.

Si: el hombre está compuesto de inteligencia y libertad. Pero ambas facultades no son perfectas: así como el error invade con frecuencia la razon, el mal puede invadir tambien la voluntad. Todavía mas; abismo incomprendible de miseria, el corazón humano, que puede extraviarse en su albedrio, muchas veces en la vida, colocado frente á frente de la verdad, en presencia del mismo bien, exclama sin embargo con el poeta, entre fatídicos suspiros, tan hondos como el sentimiento que por ellos exhala "*Video meliora proboque, deteriora sequor.*" Miro el bien y hasta lo experimento; sigo sin embargo el mal que me seduce." Entonces, Señores, ya podré concluir, seguramente, que deben cultivarse lo mismo la inteligencia y el libre arbitrio para que la educacion sea perfecta. Cultivar la primera solamente, es imitar al imbécil estatuario colocando la cabeza sobre flexible caña que pierde el equilibrio al menor soplo de los vientos y se doblega sin remedio hasta la tierra, vencida por el peso que sostiene. El furioso huracan de las pasiones hará, Señores, inclinar la sábia frente del hombre, sin educacion moral, hasta el polvo vil de la abyeccion mas completa. Concíbese lo que acabo de decir si se reflexiona que el entendimiento y la voluntad existen íntimamente ligados y conexos; no puede haber el primero, sin que le siga necesariamente la segunda. Observad sinó, un fenómeno moral que

se verifica en el hombre, fenómeno que Lacordaire describe con las siguientes frases: "En la intuición de la verdad, el hombre no saldría de sí mismo. "Miraría la luz presente á su espíritu y de ella gozaría como de un elemento ó de una parte de su propia personalidad. Por el movimiento del amor se lanza fuera de su persona ó de su vida; busca un objeto extraño, se adhiere á él, le atrae, quiere transformarse y consumirse en otro que él. Este robo de sí mismo, que podría llamarse ensayo del suicidio, le causa un éxtasis de indecible dicha, y el abandono de su ser es la plenitud de aquel. Se ha sentido impulsado á despojarse de sí mismo, para vivir en el objeto de su visión."

Y bien, Señores, ¿cuál es la causa de este fenómeno? ¡Ah! destinado el hombre á la felicidad y no existiendo dentro de él, ¿cómo podría tocar á su fin por la estéril contemplación de aquella? Era preciso que tuviese la facultad de salir de sí, para lanzarse á buscarla y es, que debiendo retratar en su ser, siquiera toscamente, la unidad intangible de su Ejemplar Divino, en donde la verdad y el bien, la inteligencia y la voluntad se identifican en la pureza de un acto simplísimo, era necesario, ya que la identidad es imposible, que radicadas sus facultades en un mismo principio, existiesen unidas, con union indisoluble, influyendo recíprocamente y guardando, entre sí, la misma relación que sus objetos respectivos. El entendimiento es á la voluntad lo que la verdad al bien. Ahora: la verdad y

el bien se identifican en el fondo de tal manera, que no puede existir algo verdadero, sino á condición de ser bueno y viceversa. Lo verdadero que es objeto del entendimiento, le perfecciona, y lo bueno debe ser el objeto que perfeccione la voluntad del hombre. ¿Podría siquiera concebirse al uno perfecto, cuando la otra no lo sea? ¿Cómo podrá el entendimiento habituarse á perseguir, por explicarme así, la verdad en todas sus investigaciones, y á no declinar de ella albergando el error, si la libertad no está á su vez habituada á amar el bien verdadero y á dirigirse á él? Porque lo cierto es, Señores, que la voluntad impera en los actos y movimientos de la razón en todas sus evoluciones y desarrollo científico, mientras no se trate solamente de verdades que se conocen por la evidencia inmediata. La perfección pues, del hombre uno en su ser, pero compuesto nobilísimo, exige el cultivo simultáneo de tan nobles como preciosísimas facultades. Es decir, que la educación para que sea lo que debe, ha de extender sus esfuerzos, no solo á la inteligencia, sino también y al mismo tiempo, al corazón del educando. Ved aquí la verdad que dejé sentada al principio.

Mas.....permittedme reflexionar por un momento.....¡Témo engañarme! ¿Estaré acaso preocupado? ¿Pues que la voluntad del hombre no es, por sí misma, una facultad ciega? ¿Qué, no el entendimiento es el diestro guía que la conduce por el estrecho y tortuoso sendero que el dedo del Eterno

le trazara á través del tiempo, del uno al otro extremo de las dos eternidades? Y que ¿no es ley ineludible de nuestro corazon, amar el bien que se conoce por las enseñanzas de la inteligencia? Si esto es verdad, yo debo equivocarme, porque desde luego será verdad tambien, que ilustrado el entendimiento por la ciencia, radiante yá por la luz que le ilumina, podrá lanzarse sin temor á los caminos de la vida sin extraviar la ciega voluntad que dócil sigue sus indicaciones. Conocedor y práctico en discernir los saludables pastos de la venenosa yerba, nunca propinará el brebaje que le emponzoñe: enciéndase la antorcha de la fé que alumbra mas y mas las vias de la inteligencia y así se alejará todo peligro de que la voluntad se extravie. Parece pues incontestable, que los desvelos de la educacion deben tan solo concentrarse en formar rectamente la inteligencia y la razon del hombre, porque es inútil empeñarse en el absurdo, imposible dar vista á un ser cuya naturaleza la repugna. ¿En dónde está pues la verdad de mi proposicion?

¡Ah,! Señores, escuchadme por un momento mas. La voluntad es ciega sin duda alguna. Tambien la tierra es un planeta oscuro aunque es en sí fecunda: en ella no germinan las plantas y las flores mientras no la fertilizan la luz benéfica del sol y su calor vivificante: los pingües frutos y las abundantes cosechas no se recogen, nunca, allá en las frias regiones de los polos. Y sin embargo, ¿no de

la tierra misma se levantan con frecuencia denses vapores, que acumulados, formando negras nubes, ocultan la luz del astro rey? ¿Y no estas nubes, preñadas del fluido eléctrico producen el trueno y el relámpago, el rayo, la tempestad y el granizo destructor, que arrasa por completo las mieses, marchita las florestas y despoja los árboles de sus hojas, de sus flores y sus frutos? Algo semejante sucede en la voluntad, no lo dudeis. El alma humana (dice un moderno apologista) puede compararse á uno de esos vasos que, bajo el trasparente licor que contienen, ocultan un sedimento de barro y la sacudida mas insignificante basta para enturbiar la limpidéz del líquido contenido. Cuando las pasiones, que son en nuestro corazon el residuo de la caída original, permanecen dormidas en el fondo del vaso, nuestra zona superior se mantiene trasparente, iluminada; pero en el momento en que suben á la superficie, nuestro espíritu se oscurece y se enturbia.

En efecto, Señores: elevémonos sobre las representaciones imaginarias y escuchemos la razon y la experiencia, que de consuno nos testifican este fenómeno, y al mismo tiempo nos dan su explicacion. Reconozcámos en el rey del universo, tan grande por otra parte y poderoso, el apellido de humano que nos indica su parte material: sí, él tiene un cuerpo de tierra, tiene sensibilidad, tiene un corazon y la lucha que experimenta dentro de sí mismo en todos los instantes de su vida, le revela

desde luego, que su mismo ser ha sido el objeto y á la vez el teatro de una catástrofe terrible. Le revela igualmente que entre el espíritu y el cuerpo existen relaciones íntimas, inmediatas, y que el influjo recíproco de ambos es un hecho verdadero, por mas que no pueda darse cuenta de su misteriosa causa. Que Malebranche planteé su sistema de las "causas ocasionales:" que *Leibnitz* conciba y enseñe la *armonia preestablecida* y que los filósofos escogiten, en sus gratuitas hipótesis, con Platon y otros, un mediador plástico, ú otra quimera semejante, el hombre de criterio, si fija su atencion y observa lo que pasa dentro de su propio ser, comprenderá que el espíritu y el cuerpo estan unidos sustancialmente, componiendo una persona, un solo ser, principio total y adecuado de sus modificaciones y sus actos, no siéndole extraño por lo mismo, que las afecciones de ambas partes sustanciales, se hagan mútuas, recíprocas y necesariamente refluyentes del uno á la otra y viceversa. Además, las potencias y facultades, mediante las que se efectuan esas operaciones y movimientos, radican en un solo principio, que es el alma; por consiguiente, nada mas natural que las funciones de las unas exciten y modifiquen, en diferentes sentidos, el ejercicio de las otras. Fuérame permitido, Señores, transcribir aquí el luminoso y profundo pasage, de Santo Tomás, en donde enseña esta doctrina; pero os fastigaria demasiado. Solo el amor que la verdad y el bien inspiran á la voluntad puede atraer

al hombre; por eso un filósofo eminente lo definia: "un círculo que parte del bien y vuelve al bien" "*Circulus á bono in bonum revolutus.*" Es de seguro condicion indispensable que la inteligencia conozca la verdad y el bien; pero semejante conocimiento no es la causa del amor que atrae: por lo mismo, cuando las pasiones predominan en el hombre, tiran, por decirlo así, su voluntad en sentido diametralmente opuesto al bien, disminuyendo el influjo que este pudiera ejercer sobre aquella, hasta ser impotente para apartarla del mal, por mas que la razon lo comprenda perfectamente. Nada, pues, aprovechará la educacion intelectual, sinó camina unida con la que el corazon exige á su vez.

Apeleémos por último á la experiencia: ella confirmará con su fallo irreformable el juicio de la razon. ¡Pluguiera al cielo, Señores, que fuese menos sangrienta la hecatombe de privilegiados talentos, que en estado de embrion apenas, sacrifican diariamente las pasiones con sacrílego infanticidio! El jóven corrompido jamas será un sábio: si concurre á las aulas, no es por cierto el amor á la verdad quien le conduce á ellas; es el temor de la autoridad paterna, aguijón el mas importuno acaso que le punza. Terminará tal vez la carrera de sus estudios, empero no terminará la de sus desórdenes; será la deshonor de la sociedad que le abriga en su seno y su envilecimiento llegará bien pronto hasta la abyeccion mas vergonzosa, hasta confundirse con la clase proletaria mas baja é ignorante; la intriga y